

Eran sus ojos luceros,
Su frente bruñido mármol,
Perlas y coral su boca,
Y su garganta alabastro.

No del arroyo en la márgen
Descuella laurel lozano
Más que su talle gracioso,
Más que su cuerpo gallardo.

No la aventajara Vénus,
Cuando de Amatunta y Pafos
En las forestas reinaba,
Ceñida la sien de nardos.

Ni cuando la blanda espuma
Surcó del mar argentado,
En concha de nácar y oro,
Con delfines por caballos.

Y con ser tan esplendentes
De su belleza los rasgos,
Aún era mayor la lumbre
De su entendimiento claro.

¡Ay! aún las fragantes flores,
Que á su breve pié brotaron,
Perfuman estas praderas,
Brillan con matices varios.

Y ella ¡oh dolor! ya no existe.
No existe!... ¡Oh muerte! tu brazo
Con un golpe tan altivo
Mil gargantas ha segado.

¡Ay!... Si á lo ménos su tumba
Ilustrara estos collados,
Nosotros en torno de ella
De la luna al brillo escaso,

Cantáramos elegías,
Vertiéramos tierno llanto,
Con nuestras arpas y voces
Acento á la noche dando.

Y su generosa sombra
Entre nosotros acaso

Presidiera nuestros coros,
Y premiára nuestros cantos.

Mas no, tesoro tan grande
Es debido al suelo patrio,
Y á las venerandas urnas
De sus mayores preclaros.

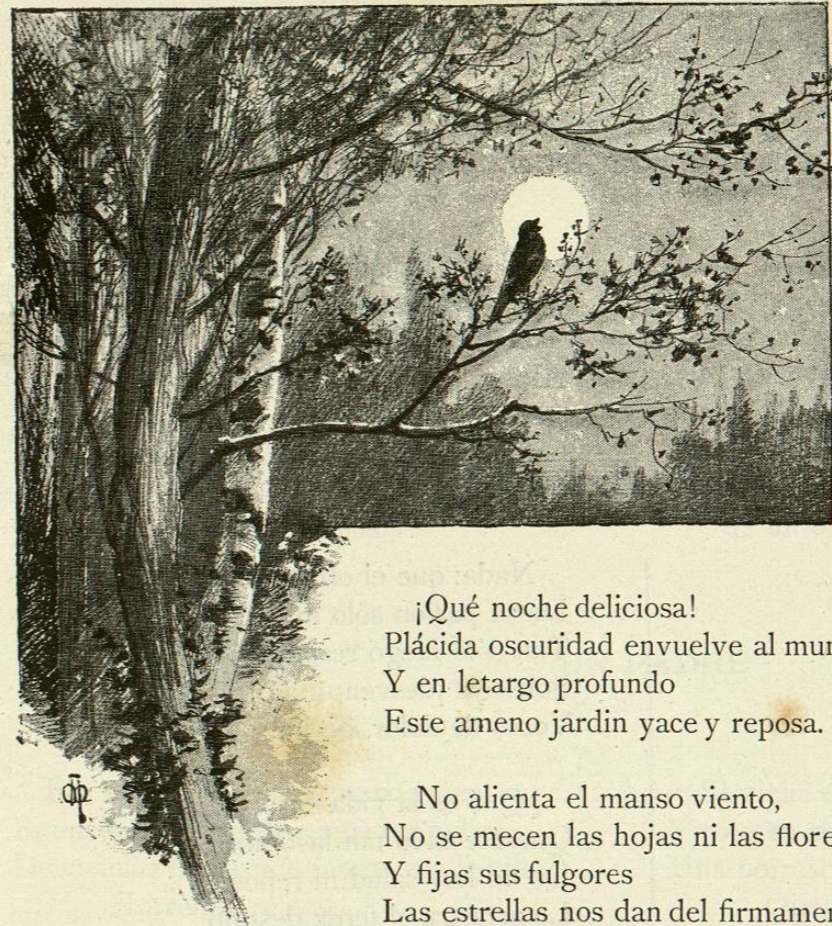
Y allí tambien trovadores,
Que el tiempo antiguo ilustraron,
Le tributarán rendidos
Con sus versos holocausto.

Y no sólo los que fueron,
Sino los que son, su canto
Uniendo al del triste esposo,
De ciprés funesto orlados,

Pulsarán la ebúrnea lira
Con universal aplauso
De PIEDAD al dulce nombre
Fama eterna asegurando.

—No sé si cantó más, que un negro velo
Cegó mis ojos: súbito desmayo
Al nombre de Piedad me arroja al suelo
Como herido de un rayo.
Cuando tornó á latir mi ahogado pecho,
Y mis ojos se abrieron nuevamente
Más que á la luz al lloro,
Solo me hallé: y el sol desde el Oriente
Derramaba su fúlgido tesoro.
Alcéme en llanto y en dolor deshecho,
Y dejé el campo aquel, harto seguro
De cuanto visto y escuchado habia.
Pues la carrera de mis males larga,
Y mi destino duro
Me han enseñado en experiencia amarga,
Que ilusiones son siempre y vano sueño
Las escenas que ve mi fantasía
De gozo y de alegría,
De dulce dicha y de placer risueño;
Mas que siempre son ciertas las de llanto,
De luto y muerte, y de dolor y espanto.

Marsella, marzo de 1830.



EL CANTO

DEL

RUISEÑOR

¡Qué noche deliciosa!
Plácida oscuridad envuelve al mundo,
Y en letargo profundo
Este ameno jardín yace y reposa.

No alienta el manso viento,
No se mecen las hojas ni las flores,
Y fijas sus fulgores
Las estrellas nos dan del firmamento.

Ni un celaje de gasa
Cruza el espacio vagaroso y leve,
Ni el arroyo se atreve
A murmurar, y silencioso pasa.

No sé qué indefinible
Estas tinieblas y silencio y calma
Difunden en el alma...
Un secreto pavor incomprensible.

Sólamente vigila
Un pecho enardecido y amoroso,
En el comun reposo
De noche tan serena y tan tranquila.

¿No escuchas? El lamento
Suena del ruiseñor... Oye cual llora,
Su queja encantadora
En el olmo escondido esparce al viento.

¡Oh cuán dulce martirio
Expresa su dulcísimo gorjeo!
¡Qué afanoso deseo!...
¡Qué fuego, qué pasión y qué delirio!

Pero no son perdidas
Esas frases de amor, que deliciosas
Las auras vaporosas
Repiten á las flores adormidas,

No, que son escuchadas
Por el objeto amado, y en su pecho
El tierno efecto han hecho,
Y van con dulce amor á ser pagadas.

Oye. — Ese rumor leve...
De las hojas y ramas el ruido...
No es el viento, dormido
Yace, y ni las agita ni las mueve.

Es el ala ligera,
Con la que de hoja en hoja y rama en rama
Al amor que la llama,
Vuela del ruiseñor la compañera.

Oyólo, y conmovida
Vuela á hacer la ventura de su amante,
Y vuela palpitante
Por sus ardientes frases encendida.

¿Y á tu pecho de nieve
Ni mis frases de amor hijas del alma,
Ni mi perdida calma,
Ni mi afanoso lamentar conmueve?

. . . No, que mayor ternura,
Más dulce gratitud, más fuego cabe
En el pecho de un ave,
Que en el de una mujer ingrata y dura. 1830.

VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM

Si una cosa muy bonita,
Bella niña, te se antoja
Hallar siempre en esta hoja,
Por mi indocta mano escrita;

El que busques te aconsejo
Quien por arte de Luzbel
Te convierta este papel,
Al mirarle tú, en espejo. 1830.

UN GRAN TORMENTO

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon.

Nada: que el objeto helado
De su pasion sólo mira,
Tan sólo fuego respira,
Sólo oye ¡desventurado!
Voces de dolor, de ira.

Consúmese noche y dia
El que desamado ama,
Y piedad en vano clama:
Arder mejor le sería
Del hondo infierno en la llama.

¿Qué es la vida en el mezquino,
Que á estado tan lastimoso,
Do no hay salud ni reposo,
Le arrastra el feroz destino
O un encanto poderoso?...

Mira, y cuanto ve delante
Se lo cubre un negro velo,
Y un grito de desconsuelo
Oye agudo y penetrante,
Que dan mar y tierra y cielo,

Es un horrible tormento,
Como no lo tiene igual
El más doloroso mal,
Ni cupo en el pensamiento
Del tirano más brutal.

...¡Infeliz! No arde á sus ojos
El sol, ni apacible ambiente
Su pecho aspira latiente,
Ni ve los celajes rojos,
Que borda el alba en Oriente.

¡Oh qué noches! ¡oh qué dias
Convulso y sediento pasa!
Ora el pecho se le abrasa,
Ora entre mil agonías
Un puñal se lo traspasa.

Ni admira el oro y la grana
Del ocaso, cuando arde
En los fuegos de la tarde,
Ni de la estacion lozana
Goza el magnífico alarde.

Una mano de gigante
De ardiente hierro vestida
Tiene á la garganta asida,
O el corazon palpitante,
Le aprieta y con él la vida.

Ni oye el delicioso arrullo
De las aves, ni el rumor
De la selva encantador,
Ni del arroyo el murmullo,
Que salta de flor en flor.

Y si un instante veloz
Brotó allá en su pensamiento
Una esperanza, al momento
La siega la aguda hoz
Del pertinaz escarmiento.

Cuenta el triste sus martirios,
Que comprendidos no son;
Y habla en vano á un corazon,
Que burla de los delirios
De una profunda pasion.

El triste que escuchó tal
Prefiriera haber oido
De una ceraste el silbido,
O la trompeta final,
O del mundo el estallido;

Al ver sus ojos de fuego
Hielo rígido pintado
En los del objeto amado,
Y en su semblante el despego,
¡Cuál queda desventurado!

Pues falta tierra á su planta,
Se hunde el cielo sobre él,
Le ahoga un áspero cordel,
Y la existencia le espanta:
¡Oh qué martirio cruel!

Y por respuesta tener
De fogosas expresiones,
Consejos y reflexiones,
O un *no* de nieve, es hacer
Un alma infeliz jirones.

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon. 1830.

UN PADRE

Era oscura la noche, ronco trueno
Bramaba sordo entre apiñadas nubes,
De cuando en cuando lampo refulgente
Horrendo relucia.

Sí, tiene el corazon envenenado,
Y roto en partes mil, y en él deshecha
Una borrasca estalla, más furiosa
Que la que está afrontando.

Entre impalpables sombras són confuso
Daba la cabellera de los bosques,
Con violencia espantosa sacudida
Por desatados vientos.

Víctima de traiciones y de engaños,
Tornadas en tormentos sus delicias,
Deshechas sus más dulces ilusiones.
¿Qué es la vida á sus ojos?

El mar entumecido, en los peñascos,
Rompiendo su furor, á las tinieblas
Nuevo horror daba, con su espuma dando
Pálidas llamaradas,

Maldice el mundo mísero, y maldice
Cuantos nudos al mundo le ligaron,
Y en la playa del mar embravecido
Busca anheloso un barco.

Y del monte cruzando la aspereza,
En los troncos y riscos tropezando,
Sin temor de barrancos ni torrentes,
Baja á la playa un hombre.

Uno mira á la llama pavorosa
De un súbito relámpago, y brioso
Lo empuja resbalando por la arena
Hasta ponerlo á flote.

Ni el horror de la noche, ni lo recio
Del temporal, que al orbe estremecía,
Le recordaban su abrigado albergue,
Ni acortaban sus pasos.

No le asusta el bramido de las olas,
Que en los costados rómpense, y lo cubren
De espuma, y mar adentro se lo lleva
La violenta resaca.

¡Infeliz!...huye de su patria, y huye
De cuanto amó. Y anhela solamente
O la muerte en la mar, ó en los desiertos
Perder la odiosa vida.

Salta en él, arma los delgados remos
Y boga con vigor, y de la tierra,
Que otra vez y otra vez feroz maldice,
Se aleja satisfecho.

Montes movibles humillando, hendiendo,
Ciegas tinieblas, entre espesa lluvia
Volcando, y levantándose en un punto
Entra adentro en los mares.

Un rayo de la luna, penetrando
Entre las negras voladoras nubes,
Atraviesa la atmósfera un instante
Y la tierra ilumina.

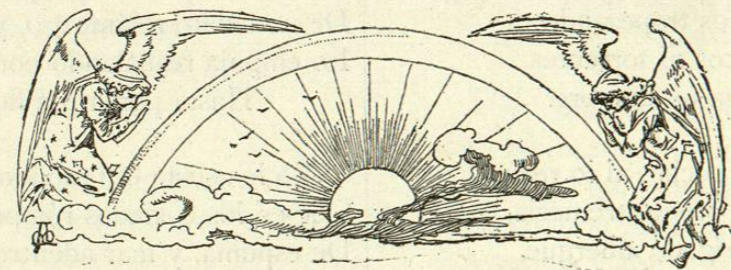
El despechado, sin querer, los ojos
A ella revuelve, y como un punto blanco
Una pequeña casa allá en el monte
Ve, y lanza un alarido.

Tornó la oscuridad.—Mas ¡ay! no aparta
De allí el mezquino el pensamiento y mira
Allí de humilde lámpara la lumbre,
Y se le rompe el alma.

Olvida sus agravios y rencores,
El piélagos voraz le pone espanto,
Y torna entre peligros horrosos
En busca de la tierra.

Y sírvele de faro aquella escasa
Luz, y bogando con robustos brazos
Gime, y trabaja y lucha y forcejea
Contra las bravas olas.

Era padre, era padre: y en su albergue,
(Que es aquel que la luna esclareciera,
Y donde brilla la dudosa lumbre,
Que potente le arrastra),



Dejó dormido en la inocente cuna
Un niño tierno, y su recuerdo solo,
Que en su pecho renace y lo domina,
A la tierra le llama.

Y con vigor y brazos de gigante
Rema y empuja la ligera barca,
En un beso no más del tierno niño
Cifrando su ventura.

Y anhelando encontrar en su sonrisa
El bálsamo que cure los destrozos
De su deshecho corazón, y olvido
De agravios y rencores.

Ya ve la playa cerca, ya, ya toca
De salvación y de ventura nueva,
Y de perdón y calma y dulce vida
El anhelado puerto.

Mas ¡ay! el viento inexorable empuja
El frágil barco, y espumoso monte,
Que se estrella rugiente en los peñascos,
Lo rompe y lo confunde.

Y á la luz de un relámpago, en la espuma
Que retrocede rápida á su centro,
Con ella reluchando y luego hundirse
Se ve un mísero náufrago.

Y entre el bramido de la mar y el viento
Y el de la lluvia y tempestad horrenda,
Se oyó un agudo acento, por dos veces
Gritar... ¡hijo!... ¡hijo mio!

1832

A MI HIJO GONZALO, DE EDAD DE CINCO MESES

De tu madre en el seno
Duermes, dulce amor mio,
Cual perla del rocío
Duerme en el seno de la tierna flor;
De mil encantos lleno
Reluce en tu semblante,
Cual sol en el diamante,
De un alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
Tu pié no se ha estampado,
Ni han tus manos tocado
El crudo hierro y corruptor metal;
Ni ha ofendido á criatura
Esa boca suave,
Que pronunciar no sabe,
Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
Y lo que es vida ignoras,
Mas en tanto las horas
Contigo mudas caminando van.
¡Y cuál será tu suerte!...
¿Qué te importa? Risueño
Gozas tranquilo sueño
Sin darte el día de mañana afán.

Duerme, prenda adorada;
Pero de cuando en cuando
Despierta al beso blando,
Que te daremos ó tu madre ó yo;
Y déjame encantada
Con tu risa inocente
El alma, que doliente
Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonries
A mis dulces caricias,
En un mar de delicias
Olvido cuanto ha sido y ha de ser:

¿Qué me importa, si ries
Mirándome amoroso,
El ceño desdenoso
De fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:
¡Ay! siempre que te miro,
Se me escapa un suspiro,
Pensando cuál será tu porvenir.
Misterioso secreto
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerza consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa
Cae al dulce arroyuelo,
Que apenas cubre el suelo,
Durmiendo manso entre una y otra flor:
¡Feliz si en él se posa
Y entre sus juncias prende,
Y los tallos extiende
Bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera
Con las flores jugando,
La corriente arrastrando
Lo va del río al rápido raudal:
Aun puede una ribera
Lograr en él, do viva,
Do un jardín lo reciba
Y llegue á ser magnífico rosal.

Pero si el turbio río
Lo lleva al mar... ¡ay triste!
El huracán lo embiste,
Las olas lo arrebatan con furor;
Y perece, hijo mio,
Bajando al hondo seno,
O en el salobre cieno,
Yaciendo al pié de escollo bramador. Paris 1832.





EL OTOÑO

Al bosque y al jardín el crudo aliento
Del otoño robó la verde pompa,
Y la arrastra marchita en remolinos
Por el árido suelo.

Los árboles y arbustos erizados,
Yertos extienden las desnudas ramas,
Y toman el aspecto pavoroso
De helados esqueletos.

Huyen de ellos las aves asombradas,
Que en torno revolaban bulliciosas,
Y entre las frescas hojas escondidas
Cantaban sus amores.

¿Son ¡ay! los mismos árboles que há poco
Del sol burlaban el ardor severo,
Y entre apacibles auras se mecían
Hermosos y lozanos?

Pasó su juventud fugaz y breve,
Pasó su juventud, y envejecidos
No pueden sostener las ricas galas
Que les dió primavera.

Y pronto en su lugar el crudo invierno
Les dará nieve rígida en ornato,
Y el jugo, que es la sangre de sus venas,
Hielo será de muerte.

A nosotros los míseros mortales,
A nosotros también nos arrebató
La juventud gallarda y venturosa
Del tiempo la carrera.

Y nos despoja con su mano dura,
Al llegar nuestro otoño, de los dones
De nuestra primavera, y nos desnuda
De sus hermosas galas.

Y huyen de nuestra mente apresurados
Los alegres y dulces pensamientos,
Que en nuestros corazones anidaban
Y nuestras dichas eran.

Y luego la vejez de nieve cubre
Nuestras frentes marchitas, y de hielo
Nuestros áridos miembros, y en las venas
Se nos cuaja la sangre.

Mas ¡ay qué diferencia, cielo santo,
Entre esas plantas que caducas creo,
Y el hombre desdichado y miserable!
¡Oh Dios, qué diferencia!!!

Los huracanes pasarán de otoño,
Y pasarán las nieves del invierno,
Y al tornar apacible primavera
Risueña y productora,

Los que miro desnudos esqueletos
Brotarán de sí mismos nueva vida,
Renacerán en juventud lozana,
Vestirán nueva pompa.

Y tornarán las bulliciosas aves
A revolotar en torno, y á esconderse
Entre sus frescas hojas, derramando
Deliciosos gorjeos.

Pero á nosotros míseros humanos,
¿Quién nuestra juventud, quién nos devuelve
Sus ilusiones y sus ricas galas?...
Por siempre las perdimos.

¿Quién nos libra del peso de la nieve
Que nuestros miembros débiles abrume?
¿De la horrenda vejez quién nos liberta?...
La mano de la muerte.

1833.



VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM

Pues tanto, niña, te empeñas,
Voy á contarte una historia
Que me ocurre á la memoria,
Y muy linda por más señas.

Callada me has de escuchar
Y con el ánimo atento,
Pero en tanto que la cuento,
Por Dios, no me has de mirar.

Así, así, mira al balcon,
O en esos claveles rojos
Del florero pon los ojos.
Que voy á empezar, chiton.

Era un punto media noche,
Y en una alta galería,
Que dominaba del Tajo
Las soñolientas orillas,

A la luz de escasa luna
Entre nácares dormida,
Un bulto blanco y movable
De lejos se descubría.

En un jardín inmediato,
Donde entre sombras las brisas,
Si bien halagaban flores,
Suave aroma difundían,

Una voz blanda y sonora,
De ruiseñores envidia,
De un laud acompañada
Daba á las tinieblas vida.

Y del Tajo en la corriente,
Remontando el agua arriba,
Se divisaba una barca,
Que dos remos impelían:

Y en ella de pié un guerrero,
Cuya armadura bruñida,
Siendo espejo de la luna,
Entre vagas nieblas brilla.

Era el bulto blanquecino
Del corredor doña Elvira,
El que cantaba era un paje,
Y el que en la barca venía....

¡Ay! niña, que me has mirado,
Y al mirarme tú al momento
Se me ha olvidado mi cuento....
No has de ignorancia pecado.

Bien te lo dije.—Acabé,
Que al mirarme ojos tan bellos
Tan sólo pensar en ellos,
Y abrasarme en ellos sé.

1835